

XVIII

DEL DOLOR Á LA ALEGRÍA

En aquel preciso momento alguien lanzaba un grito junto á la puertecilla del Parque, y al grito seguía inmediatamente rumor de caballos, alejándose al galope.

De ambas cosas hubo de percatarse desde su cuarto la señora de Villanueva; y ya hemos visto que dejando sobre la mesa en que acababa de escribirlo el mensaje á Catalina de Médicis, habíase lanzado enseguida fuera de la estancia, para acudir en socorro de su hija amenazada.

En cambio Sed de Amor, en pleno éxtasis, no se enteró de nada. Es decir, hasta sus oídos llegó el llamamiento lanzado por una voz femenina, pero no hizo más que herirlos ligeramente, sin penetrar en ellos.

Como aún no habían sonado las diez menos cuarto, figurábase tener tiempo de acudir á la cita que Solange le diera para las diez. ¿Cómo había de ocurrírsele la idea de que la joven pudiera correr peligro alguno?

No pensaba pues en otra cosa que en su momentánea felicidad. Y cuando terminado el éxtasis volvió en su acuerdo, la conciencia de su falta hubo de dejarle consternado.

— ¡Oh, Fiamma! — murmuró confuso. — ¿Qué es lo que he hecho?

— Nada de reprehensible, caballero.

— Sí, ¡oh! sí; yo mismo no me reconozco, y parece como que se me van las ideas...

No: no se le iban las ideas. Lo que sucedía era que la desesperación comenzaba á apoderarse de él ante la perspectiva de perder irremisiblemente á Solange por su locura de un momento.

¿Perdida por qué? — se preguntará el lector. Sencillemente porque nuestro caballero no era hombre capaz de esquivar las responsabilidades en que creía incurrir al abusar de la joven protegida de Bar Cobral; de una mujer á quien él debía la vida. Lo menos que le era dado hacer por ella era sacrificársela para siempre, aun cuando su existencia quedara envenenada sin remedio con tal sacrificio.

— Fiamma, — dijo con voz vibrante — disponed de mí; si yo no os ofreciera en este punto reparar cumplidamente mi falta, sería un felón, y por caballero me tengo.

— ¿Puede saberse de qué falta queréis hablar? — preguntó con calma la joven. — El hombre se agita, y Dios le conduce por donde quiere. Nada ocurre aquí abajo que no haya sido dispuesto por la voluntad de Allah.

— ¡Dios, Allah! — repitió el joven. — Bautizada y fatalista; medio cristiana y medio hereje... No importa. Juro, Fiamma, sí, lo juro...

— Nada de juramentos, caballero.

— Pero si no sabéis lo que iba á decir, ¡qué diablo! — exclamó impaciente Bernardo. — Suponed que os juro tomaros por esposa...

— ¿Á mí? — gritó la hermosa oriental, uniendo las manos. — No, caballero, no; una hija de bohemia como yo, no merece que se haga por ella tal sacrificio. Sois caritativo, y merecéis ser dichoso. Tengo la seguridad de que lo seréis, como la tengo igualmente de que á mí no me será dado verlo.

— ¡Cómo es eso Fiamma! ¿Cómo podéis hablar así siendo tan joven?

— Tengo diez y siete años, y nunca tendré más; — afirmó ella.

— ¡Muerte de mis huesos! — juró Bernardo. — Es preciso que desechéis tan lúgubres ideas.

Pero Fiamma sonrió tristemente.

— Como dijisteis hace poco, — murmuró como hablándose á sí misma, — el bautizo ha hecho de mí una cristiana á medias; como la mala sangre no se purifica completamente, en mi alma ha quedado algo que el catolicismo rechaza, y sigo creyendo en los sortilegios, y sigo siendo fatalista.

El índice de su mano derecha señaló la bóveda celeste.

— Ved ahí, — continuó — el libro de nuestro destino; todo está en él escrito; ¡todo!

— ¿Y qué veis en él que os sea atañadero? — preguntó Bernardo.

— Tres, nueve, veintisiete... La primera cifra indica un peligro; la segunda marca su grado funesto, y la tercera señala su término. Dentro de veintisiete horas habré muerto; — dijo la joven grave, convencida.

Sed de Amor se estremeció. Hubiera deseado preguntarle lo que los astros decían con respecto á él, pero no se atrevió.

Como si hubiera adivinado lo que pasaba en el alma del caballero, Fiamma dijo casi enseguida:

— En ese mismo espacio de tiempo vos recobraréis vuestro verdadero nombre, encontraréis á vuestra madre...

— Mi madre, ¡oh, Fiamma!

— Y estaréis prometido á la señorita de Villanueva, á la que amáis sin saberlo.

— ¿Cómo sin saberlo? — dijo extrañado Bernardo. — Yo amo á Solange...

— No, — interrumpió ella; — vuestro corazón anda equivocado. No es á Solange á quien en realidad amáis, sino á ésa, á ésa que se acerca ahora...

Dos sombras, una grande y otra pequeña, se aproximaban en efecto al banco de musgo en el que Bernardo y Fiamma hallábanse sentados.

En aquel momento oyóse una voz distintamente; una voz angustiada que gritaba:

— ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Los miserables me roban á mi hija.

Era la voz de la marquesa de Villanueva-Marsan, reconocida en el acto por Bernardo.

— ¡Solange! — rugió éste poniéndose en pie de un salto. Un instante después desaparecía en vertiginosa carrera hacia el fondo del parque, no sin chocar violentamente con la más pequeña de las sombras que se aproximaban.

Entonces ocurrió una cosa extraña. Iba á caer al suelo la sombra pequeña, una mujer, que no había proferido ni una queja al soportar el choque del caballero que se alejaba, cuando su acompañante, un caballero de elevada estatura, extendió el brazo, diciendo al mismo tiempo á media voz:

— Seguid de pie; yo lo quiero.

Como si otra fuerza contraria á la primera la impulsara, la forma femenina se enderezó, continuando enseguida la interrumpida marcha.

Si Sed de Amor hubiera podido presenciar esta escena, con seguridad habríala creído cosa de brujería ó sortilegio; pero nada pudo ver, por hallarse ya muy lejos cuando el incidente se produjo.

Este, sin embargo, tuvo un testigo, Fiamma, quien oyó asimismo las palabras pronunciadas por el hombre que acompañaba á la mujer, sin que dichas palabras parecieran extrañarle lo más mínimo.

Aproximábanse á ella en aquel momento las dos sombras, mejor dicho, los dos seres reales protagonistas de la extraña escena, y el caballero de elevada estatura hubo de decir á la protegida de Salem-Kebir:

— Acabo de oír, hija mía, las últimas palabras por

ti pronunciadas. De ellas deduzco que tu alma flota entre dos creencias. Indudablemente mereces ser dichosa y encontrar quien te guíe con segura mano por el camino verdadero. Pero tú crees próxima tu muerte, y buscas la solución al problema de tu vida en el gran libro en que los astros escriben sus signos cabalísticos. No he de ser yo quien te recrimine por ello. Pero, ¿puede saberse quien fué el astrólogo que se encargó de tu enseñanza?

— Antes de satisfacer vuestra curiosidad — dijo Fiamma humilde — permitid, señor, que os haga yo otra pregunta. — ¿Quién sois vos?

— Un resucitado, hija mía, un desertor de la tumba. Yo soy el marqués de Villanueva-Marsan.

Al oír estas palabras, Fiamma se apoderó en silencio de la mano del prócer, apoyándola sucesivamente en su seno y en su frente al modo como lo hacen las zingaras que prestan juramento de sumisión.

— Monseñor, — dijo enseguida — mi maestro es el hombre más sabio de la corte, y el más leal amigo vuestro. De él procedía el dinero misterioso de que os servisteis durante vuestro cautiverio...

— ¡Cruz de Cristo! — dijo el marqués. ¿Será posible?

— Fué él también quien preparó vuestra fuga...

— Tú desvarías, sin duda, hija mía.

— No: y si no, decidme; ¿no recibisteis hace pocos días un aviso en el que se os anunciaba que os veriais auxiliado y socorrido en el momento preciso?

— Si por cierto; pero el hombre cuya espada hizo

verdaderos milagros en tan críticas circunstancias me ha jurado y perjurado que sólo la casualidad le había llevado á Vincennes. Y ahora resulta... Decididamente, hay en todo esto una serie de enigmas.

Enmudeció un instante, mientras pensaba :

— Un aviso como ese sólo podía enviármelo mi hermano Jacobo, si es que está vivo... Pero Glorieta, cuando puse entre sus manos el sello de Armañac, allí en el calabozo, me dijo que veía á Come Ruggieri trabajando con Catalina de Médicis... ¿Será que Jacobo de Armañac, tan versado en todo lo que á las ciencias ocultas se refiere, se ha impuesto la ímproba tarea de substituir á Ruggieri?

Luego, dirigiéndose á Fiamma, le preguntó vacilante:

— Tu amo se llama Jacobo, ¿verdad? Jacobo de Armañac...

— No, monseñor; los nombres de mi amo son tan numerosos como sus transformaciones: pero ninguno de ellos se parece á ese que acabáis de pronunciar.

El señor de Villanueva movió la cabeza con profundo desaliento.

— ¿Quién podrá hacerme penetrar en la entraña de ese enigma? — murmuró. — Esta mañana, en la calle de San Antonio, me pareció reconocer á Jacobo en un hombre de elevada estatura, extrañamente vestido... ¡Señor! ¿Seré yo víctima de alucinaciones?

— Ya que no otra cosa, — añadió enseguida; — ¿puedes decirme el nombre del gentil caballero que ha un momento se separó de ti bruscamente, al oír un grito lejano?

Brillaron como carbunclos las pupilas de Fiamma, y su corazón se agitó en el pecho con movimientos desordenados. La hablaban del hombre á quien amaba, del hombre á quien pertenecía por entero, en cuerpo y alma, por el corazón y por el pensamiento.

— Ése es mi caballero, — dijo con orgullo. — Ése no piensa más que en socorrer á los débiles, en dar protección á las mujeres, en erigirse en adversario de todos los malos... Es el que derrotó á los miñones del rey; se llama Bernardo de Arma.

La sombra pequeña, impasible hasta entonces y como ausente, se estremeció con violencia al oír el nombre del caballero, y su mano de muñeca pareció helarse en la ruda mano del Señor de Villanueva.

El gran marqués parecía perplejo.

— ¡Bernardo de Arma! — repetía. — ¿Dónde he oído yo ese nombre, y por qué emociona de ese modo á mi gentil compañera de cautiverio? Y á propósito de Glorieta: ¿cómo es que la he encontrado aquí, como por casualidad, en el preciso momento en que iba á ordenar que la buscasen?

— Señor, — dijo Fiamma en este punto — si esta niña es la muda de la torre de Vincennes, la misma á quien Pedro Mirot llamaba *boca cosida*, yo puedo decir por qué la habéis encontrado aquí en vuestro camino.

— ¿Por qué?

— Porque ella, á su vez, esperaba encontrar á otra persona.

— ¿Á quién? Dilo.

— Á Bernardo de Arma.

Un nuevo estremecimiento agitó la manecita fría.

— ¡Por el divino sudario! — exclamó el marqués golpeándose la frente. — Dijérase que mi memoria vuelve... Sí, de Arma es el valeroso esgrimista que acudió en mi auxilio cuando agotadas mis fuerzas por la penosa evasión, iba á caer acribillado de golpes por una cuadrilla de brutos sanguinarios... ¡Día de Dios! Sería yo el último de los ingratos, si no recordase la ayuda, verdaderamente providencial, que me prestó entonces... ¡Qué agilidad de muchacho! ¡Qué espada la suya tan temible, y sobre todo, qué parecido el de ese joven con mi hermana Blanca.

Mientras el marqués pensaba de este modo en voz alta, Glorieta, la sombra pequeña, se estrechaba con él llorando silenciosamente.

Los ruidos lejanos habían ido desvaneciéndose durante el tiempo que duró este corto diálogo; la marquesa María, regresando á sus habitaciones, acababa de pasar muy cerca de los tres personajes, sin sospechar siquiera su presencia. Cuanto á Sed de Amor, tal vez habiase lanzado en persecución de los promovedores de la repentina alarma; ello es que no se le veía por ninguna parte.

Reanudando el curso de sus ideas, el marqués continuó:

— Cuanto á ti, criatura encantadora, — dijo acariciando la rubia cabellera de Glorieta, — tu abnegación por mí resulta aún más heroica que la intervención de ese joven paladín, y gracias doy al cielo porque me

permite cumplir enseguida el juramento hecho cuando nos separamos... ¡Pero, Dios me bendiga, dijérase que esta niña llora!

— Monseñor, — intervino Fiamma, — el corazón de Glorieta no es mudo como su boca.

— Verdad es; ¡cómo he podido yo olvidarlo, muerte del Salvador! La pobre niña ama y se cree amada...

— Lo es en realidad.

— Joven, — dijo severo el marqués — tus palabras son más serias de lo que imaginas; ¿estás segura de no equivocarte?

— Es más fácil leer en un corazón que en el firmamento, monseñor; descifrar lo que contiene el del caballero de Arma ha sido para mí cosa de juego.

— ¿Otra vez de Arma? Por lo visto hemos de encontrar á tan valeroso y esforzado paladín en todos los sitios donde se dan y se reciben palos... Como si lo viera es él asimismo tu campeón del cercado de los Cartujos... ¿Eh? ¿Me equivoco, amiguita mía?

Los labios de la mudita se posaron en la mano del marqués.

— Bueno, — dijo éste, — la respuesta no puede ser más categórica. Pues sabe, hija mía, que si es preciso ir á buscarlo, yo me encargo de ello, y te lo traeré ¡día de Dios! ó pierdo en la empresa el nombre que tengo. Mientrás tanto, y como también te he prometido una madre, ven conmigo, que voy á dártela enseguida.

Así diciendo el gran marqués condujo á Glorieta hacia el Hotel cuya masa negra se perfilaba en el

fondo, denunciada por dos puntos luminosos, correspondientes á las ventanas de la habitación de la marquesa.

Hubo de parecerle á Fiamma que un perro, salido de la espesura de un macizo de verdura, acompañaba, dando saltos, á las dos sombras que perdíanse ya en el extremo de la avenida. Tal vez fué una impresión pasajera. Las lágrimas empañaron sus ojos.

— Si el cielo no ha mentido, — murmuró, — esos van á conocer días mejores... Yo he conocido en un solo minuto todas las alegrías de la tierra, todo cuanto una pobre criatura de bohemia, recogida por la misericordia de un hombre al borde de un camino, podía esperar de la benevolencia de Allah... Lo dicho. Fiamma, nada de sentimiento, nada de envidia; á obedecer al maestro y á trabajar en la consolidación de la dicha de los otros. No es el lote que te corresponde de los menos envidiables, puesto que en la noche próxima tu alma ocupará su sitio entre esas estrellas que hoy sonríen presenciando la agonía de tus amores...

.

Eran poco más de las diez de la noche. Arrastrándose con trabajo, la marquesa María acababa de entrar en su habitación, sufriendo horriblemente, herida en lo más vivo de su alma, pues su carrera hasta el fondo del parque acababa de convencerla de la inmensidad de su desgracia. De grado ó por fuerza, y no obstante la desesperada resistencia de los dos hermanos Peiragude, los hijos de Francisco, Solange había sido rapada por algunos jinetes desconocidos, seides sin duda

del candidato protegido por Catalina de Médicis y por el falso marqués.

Agotadas sus escasas fuerzas, devorada por la fiebre, la pobre madre, secos los ojos, cuya mirada vaga ponía espanto en el ánimo, iba y venía desde su lecho hasta la mesa escritorio sin ver nada, sin fijarse en nada, como una sonámbula, agitado el cuerpo por estremecimientos convulsivos.

— ¡ Mi hija, mi Ange! — repetía sin cesar, monótonamente. — ¡ Me han robado á mi Ange!... ¡ Ya no me queda nada, nada!

En su cerebro, entenebrecido por el dolor y las emociones, penetró de pronto un rayo de luz, á favor de la cual pudo acordarse de su reciente y lamentable abdicación. Entonces, á grandes pasos, corrió á la mesa, en la cual, y junto á la lámpara, esperaba encontrar el memorial testigo de su vergüenza pero que constituía al mismo tiempo su postrera esperanza.

Sin mirar lo que hacía, por no ver el escrito en que conteníase una humillación inaudita, tendió las manos hacia la mesa, buscando en ella ávidamente, febrilmente, el desdichado memorial, para enviarlo sin tardanza á su implacable enemiga.

Pero el pergamino no estaba allí. Sus dedos temblorosos no lo encontraron, cerrándose en cambio sobre un cuerpo extraño, algo poco voluminoso y flexible, algo cuyo contacto hizo estremecer de los pies á la cabeza á la mujer sin ventura.

Tuvo valor para mirar. Con timidez al principio; luego sus ojos se abrieron desmesuradamente.

— ¡Un saquito! — gritaba examinándolo. — ¡Un saquito que no estaba aquí hace un rato, cuando yo salí... ¿Qué es lo que me trae? Un mensaje sin duda; pero ¿del cielo ó del infierno? ¿Y quién ha podido introducirse en este cuarto en ausencia mía?

Con bruscos movimientos desató el lazo de seda que lo cerraba, y elevando el saquito, hizo caer su contenido sobre la mesa, esparciéndose al punto sobre esta seis objetos pequeños, de los que cuatro aparecían adornados con lazos de seda, descoloridos por la acción del tiempo.

Hondo suspiro levantó el pecho de la afligida marquesa en presencia de aquellas reliquias, y un torrente de lágrimas brotó al punto de sus ojos, secos hasta entonces. Tocaba la infeliz todo aquello, sin cansarse, al parecer, de contemplar los objetos; irritándose por el contrario del llanto importuno que nublaba sus pupilas, impidiéndole ver claro.

— El sello de Armañac; — decía enjugando las lágrimas con el dorso de la mano. — El alfiler de pecho de Blanca... Y el lazo del zapato de su desgraciado hijito... Pero ¿y estos cabellos? ¡Señor, si son los míos! Los míos, sí, en aquellos tiempos en que Verbena de Natier, Blanca de Vertu y yo veíamos el porvenir color de rosa... ¡Cuánta amargura nos estaba reservada!

Al recuerdo de los dolores sufridos, la marquesa sentía oprimirse su corazón, y su semblante adelgazado marcaba, acusándolos, surcos violáceos reveladores de candentes penas, de hondos y corrosivos sufrimientos. Y el contacto de los dos sonajeros adornados con cintas

de seda de colores diferentes, parecía provocar en ella una nueva y violenta agitación nerviosa.

— ¡Mis hijas! — decía sollozando. — ¡La carne de mi carne, y sangre de la sangre mía! ¡Cómo jugaban con estos frágiles objetos en sus cunas respectivas, gorjeando al mismo tiempo, como pájaros en su nido, en las cunas de encaje que les preparó mi maternal ternura! ¿Cuál es el de Genoveva? ¿Cuál el de Solange?

La desgraciada madre parecía realizar violentos esfuerzos con el deseo de acordarse.

— ¡Y no lo sé, Virgen Santa, no lo sé!... ¡Ah, sí, ya me acuerdo! El lazo rosa era el de mi morena de ojos negros, el de Solange; el azul es el que perteneció á Genoveva, á la rubita de ojos de turquesa... Pero decidme, Jesús y señor mío, ¿en virtud de qué prodigio vuelven á mí estas reliquias, trece años después de la desaparición de una de mis hijas, y en el momento preciso en que el honor de la otra está en peligro?

La marquesa había caído de rodillas, y sus manos suplicantes se elevaban hacia el crucifijo de marfil cuyos brazos, obstinadamente abiertos, parecían ganosos de amparar las infinitas humanas desdichas.

Y súbitamente inspirada se puso en pie de un salto. ¿Habría hablado el Cristo? Ella hubiera jurado que sí; que de sus labios inmóviles habían salido estas palabras: « Busca la mano que retiró tu mensaje; trata de dar con el visitante misterioso que para refrescar tu memoria trajo hasta aquí esas reliquias de un pretérito lejano, mudos testigos de una dicha que fué, y cuando

lo encuentres renacerá esa dicha que se te antoja perdida para siempre ».

Y llenos los oídos del zumbido obsesionante de la promesa milagrosa, María corrió como alucinada hacia el tapiz del Primaticio, repitiéndose como para justificar sus locas esperanzas :

— Solo mi esposo, muerto ó vivo, puede ser el autor de ese milagro.

Su dedo febril tocó el resorte, y una vez desaparecido el tablero móvil, lanzó por tres veces el mismo grito angustiado :

— ¡ Jacobo ! ¡ Jacobo ! ¡ Jacobo !

El eco del desesperado llamamiento se perdió en las lejanías del oscuro subterráneo. La corriente de aire que se estableció entre este y la habitación, hiriendo el pecho aún desnudo de la marquesa, la obligó á retroceder vacilante, hasta el punto de que, agotadas sus fuerzas, cayó como una masa á los pies del Crucifijo, imaginándose en aquella grave crisis de su desesperanza haber sentido sobre su frente calenturienta la caricia fría de unos labios difuntos.

Tuvo entonces un momento de exaltación mística.

— Señor, — decía suplicante — vos que resucitasteis á Lázaro y devolvisteis la vida á la hija de Jairo, acordadme como gracia especialísima una parecida manifestación de vuestro poder infinito. Desgarrad, Señor, la mortaja de...

— No acabéis, señora ; — dijo tras ella una voz varonil, que se adivinaba velada por la tristeza. — Tentar á Dios equivale á blasfemar de él.

En los ojos hundidos de la marquesa se reflejó entonces algo como la irradiación del éxtasis. La voz que llegaba á sus oídos era la voz de su Jacobo. El milagro deseado acababa sin duda de producirse.

Y he aquí que de pronto recordó haber dejado abierta la puerta secreta ; y que *el otro*, el intruso, el infame impostor, tenía la misma voz... ¿ No era él, el que usurpaba un puesto en aquella casa, quien acudía para someterla á nueva é infernal tortura ?

Esta idea fué causa de que una vez más la sangre se helase en sus venas. Indignada, horrorizada, ni aun se atrevía á volverse.

Entonces la voz dejóse oír de nuevo.

— ¡ Día de Dios ! ¿ Desde cuándo María de Villanueva-Marsan pretende imprimir dirección á la suprema misericordia ? ¿ Habré escapado ¡ cruz de Cristo ! á los sicarios de la italiana, sólo para tener que arrepentirme de haber vivido demasiado ?

— ¡ Día de Dios ! ¡ Cruz de Cristo ! — repetía la marquesa oprimiendo su corazón con ambas manos — ¡ Es él ! ¡ Es su modo de hablar !

Y levantándose de un salto, fué á esconder el dolorido rostro en el pecho del gran marqués quien había permanecido en pie tras ella.

Fué un momento de muda é intensa emoción, que duró poco. La duda, la espantosa duda, atenzó de nuevo el cerebro de María, quien se apartó gimiendo :

— ¿ Cómo creer, Madre divina ? ¿ No tiene el otro su misma voz, su rostro mismo ? ¿ Quién me dice que no le han enseñado á hablar como hablaba él, mi Jacobo.

— Marquesa, — dijo el señor de Villanueva contemplando á su esposa con piedad no exenta de ternura, — tanto es lo que han torturado vuestro corazón, que según observo lo han dejado ciego, pues que no acertáis á reconocer á vuestro esposo.

Ella, desesperada, retorcia sus manos.

— Si cometo, señor, tan horrible crimen...

El marqués acababa de observar las sangrientas huellas que la desesperación dejara en el seno de su esposa, y sus ojos se velaron de lágrimas.

— Ya sé, señora, — dijo interrumpiéndola — y os perdono de todo corazón. Veamos : — añadió con bondad — si precisáis pruebas de mi identidad, por Dios vivo que he de dáoslas muchas y cumplidas. Busquemos juntos, si os parece. Hace un momento os dije que es gran pecado pretender dirigir la misericordia divina.

— Pero cuando la desgracia se ceba en un ser injustamente...

— Aun en ese caso existen para ello razones que no nos es dado discutir ni analizar... Decidme ahora, ¿ guardáis aún á vuestro servicio á Don Mateo?

— Sí por cierto ; — dijo ella estremeciéndose, porque *el otro* no le había hablado del sacerdote, cuya existencia parecía ignorar.

— En ese caso, acordaos de las piadosas palabras con que endulzó nuestro primer gran dolor en época ya lejana.

— Os referís sin duda...

— Sí, al rapto de nuestra querida Genoveva.

Sin esperar á oír más, la marquesa se arrojó de nuevo en los brazos de su esposo.

— ¡ Basta, Jacobo, basta ! — le dijo. — Ahora te reconozco... ¡ Nuestra pobre Genoveva !...

— Un momento ; — interrumpió él. — Sucede hoy, como entonces, que una gran desgracia se cierne sobre una de nuestras hijas, la que nos quedaba. Repitamos juntos la plegaria de don Mateo.

— Dila.

— Hela aquí. « Nos la disteis, Señor, y hoy te place arrebatarla ; acatamos tus designios que son inescrutables. Salvad, glorioso Salvador, á vuestras criaturas, y que vuestra voluntad se cumpla en el cielo como en la tierra. »

La marquesa, extasiada, cubría de besos las manos y las mejillas de su marido.

— ¡ Ah, Jacobo, mi Jacobo, mi esposo, mi señor, — decía, — cómo resistir á tanta felicidad, que llega cuando ya desesperaba tanto !

Y el gran marqués contestábale devolviéndole sus caricias :

— Si gozáis de esa felicidad, si os es dado ver de nuevo á vuestro esposo, sabed que lo debéis á la intervención de dos nobles corazones. Y como la gratitud de los Villanueva-Marsan no puede tener límites vulgares, voy á ponerlos en condiciones de devolver á uno de esos seres abnegados, un poco de lo mucho que por mí ha hecho.

— ¿ El caballero Bernardo de Arma, verdad ? ¿ El retrato vivo de mi hermana Blanca ?

— ¡ Ah ! ¿ Conocéis ya al caballero ?

— Desenvainó su espada no hace mucho en defensa de Solange y en la mía.

— No me sorprende, como no puede sorprenderme nada que de él proceda. Es el último de los paladines, y ya nos ocuparemos de él más tarde; ahora se trata de otra persona.

— ¿De quién? — preguntó vivamente la marquesa.

— De una niña, de una gitanilla desgraciada y muda; de una criatura caritativa hasta la divinidad, que tiene cara de ángel y que acaba de decirme á donde debo dirigirme para arrancar á Solange de las manos de sus infames raptos.

— Pero si acabáis de decirme que es muda... ¿Cómo ha podido revelaros esa niña...?

— Sería muy largo de explicar ahora, — dijo el marqués, — y el tiempo apremia. Contentaos por el momento con saber que realmente es muda, y decidme si consentís en concederle á vuestro lado el sitio que debería ocupar Genoveva.

— ¡Nuestra Genoveva!

— Sí, el sitio correspondiente á una hija, á una hija querida.

— Yo no tengo más voluntad que la vuestra, Jacobo;

— dijo la marquesa sin vacilaciones. — Esa niña será mi hija.

— ¡Bien hablado, día de Dios! Pero el tiempo vuela, y es aún mucho lo que me queda por hacer esta noche. Escuchad María, — añadió el marqués, — yo no sé si me veréis de nuevo ó no, de aquí á mañana por la noche, pero, tanto en un caso como en otro, es preciso que

acudáis, acompañada de vuestra nueva hija, á la fiesta que se dará en la torre de Nesle, y para la cual recibiréis las oportunas invitaciones. Una vez allí, dejaréis en completa libertad á la mudita, con permiso de obrar á su antojo. Sabed, por si os extraña mi lenguaje, que esa divina criatura puede asegurar la salvación del rey, y aun añadiré que en sus débiles manos tendrá mañana la vida, el honor y la gloria futura de los Villanueva-Marsan.

La marquesa sentíase desfallecer.

Su esposo dirigióse hacia la abertura del corredor secreto.

— ¡Aquí, Diógenes! — dijo en alta voz, apareciendo enseguida el perro, en el que María reconoció en el acto al animal ladrón é irreverente con el que hubo de pelearse la vieja Francisca como el lector tuvo ocasión de ver en anteriores capítulos.

El gran Diógenes hacía su entrada andando hacia atrás, tirando de la falda roja — una faldilla basca prestada por Reinalda — que en aquellos momentos cubría el cuerpo grácil de una gitanilla tan rubia como tímida.

Tomó el gran marqués á la niña por la mano, y la condujo ante su esposa.

— Señora, — dijo entonces, repitiendo casi palabra por palabra lo mismo que dijera á su amiguita en el momento de abandonar algunos días antes su prisión — lloráis la pérdida de una hija rubia; he aquí á Glorieta que es como sería la desaparecida. Tiene su misma cara, su nobleza y su corazón. Aceptadla como hija — acabó,